

NACION, CONCEPTO CONTROVERTIDO

POR

THOMAS MOLNAR (*)

Por muy lejos que nos remontemos en la historia, encontramos pueblos y tribus, nómadas o sedentarios, tratando de expresar su identidad cultural, lingüística, territorial, dinástica. El concepto de *nación* no es otro que la señal de un mismo nacimiento, primero para la aristocracia, y seguidamente extendido al pueblo. La defensa del territorio forma parte de ese sentimiento de identidad. A este respecto, es preciso afirmar, contrariamente a Konrad Lorenz y sus discípulos, que no sólo se trata de la protección de un trozo de tierra («el imperativo territorial»), sino de una entidad moral, que lo es por su significado, su simbolismo, sus alegrías y sus sufrimientos comunes. ¿Qué mejor ejemplo que el de los países del Este de Europa hoy día?

Dicho esto, admitamos que las naciones no son eternas ni tampoco inmutables; añadamos, además, que el nombre importa poco, pues se trata siempre del mismo afán de los pueblos de singularizarse, de afirmar una característica cultural, económica o de cualquier otro tipo. No por cualquier especie de pacto, sino porque es la realidad. Decía Bergson que los hombres no podrían ser fieles a una idea tan vaga como la de «humanidad», puesto que el ser humano necesita muros de separación para conocerse, para cultivar sus facultades y para reconocer a los suyos. Por tanto, es una equivocación arremeter contra el nacionalismo con el pretexto de que es una «invención» de la Revolución francesa.

(*) Una caperta mal archivada ha motivado que se haya retrasado la publicación de este artículo escrito hace más de dos años. Traducción del francés de Fernando Cantero.

Se trata sencillamente del término moderno para designar el particularismo experimentado por cada pueblo. En Roma era la virtud del *cives romanus*; en Japón la lealtad al emperador; en Esparta el combate hasta la muerte, como Leónidas. Desde la alta Edad Media la nación es un concepto familiar; por algo los nietos de Carlomagno, que todavía hablaba el franco, Carlos y Luis, uno es francófono y el otro «germánico»; y en la Sorbona medieval se distinguían cuatro «naciones» según la pertenencia de los estudiantes; y que Juana de Arco quería «echar fuera a los ingleses», evidentemente en nombre de algo que es ya la «francidad».

Maurras escribía que la nación, sin ser un concepto sagrado, encontraba su justificación en el hecho de que está a igual distancia entre el pequeño grupo incapaz de defender sus intereses, y la humanidad, que no es un concepto político sino más bien ético. Los sostenedores del utopismo se oponen, por supuesto, al pensamiento de Maurras y de Bergson, ya que para ellos todo muro de separación, y más aún, toda clasificación que siga ciertos criterios, es inmoral, precisamente por ser política. Así, apuntan menos a la abolición de las naciones que a la supresión de la política en cuanto tal política. Y es que para los partidarios de la utopía, la política significa desigualdad entre poder y debilidad, amo y esclavo, o, sencillamente, entre ciudadanos. Pero ya hemos visto en qué ha quedado la «sociedad sin clases» de iguales que pretendía superar la política. E, imbecilidad sublime, se ha oído a un Roland Barthes denunciar en el Colegio de Francia el «fascismo de la gramática», que en sus frases impone la distinción entre sujeto, predicado y complemento. Por su parte, las feministas americanas añaden lo suyo, al purgar al lenguaje de su «sexismo»: las palabras que empiezan o terminan en *man*.

Lo que hay de cierto en la tesis de que el nacionalismo moderno nació «en Valmy» (véase la frase de Goethe en el campo de batalla) (1), es que las otras pasiones populares, y entre ellas la

(1) Cfr. General J. F. FULLER, *Batallas decisivas del mundo occidental*, Madrid, 1979, donde escribe: «Por la noche (del 20 de septiembre de 1792),

democracia, también nacieron allí. Dicho de otro modo, a fines del siglo XVIII la *multitud* se suma a los *conceptos* políticos, y estos últimos serán, desde entonces, capaces de desencadenar las pasiones, sublimes o abyectas. Nuestros contemporáneos, apasionadísimos por la democracia, se muestran mucho más meticulosos respecto al nacionalismo, que, sin embargo, tiene el mismo origen: el nacimiento de las masas modernas.

Es ahí, precisamente, donde se sitúa el debate sobre el nacionalismo. Sus críticos abundan, y cada cual intenta desalojar la *nación* del campo de las realidades, de los valores y del diccionario político. Eso, al fin y al cabo, en nombre de un planeta indiferenciado que estaría al servicio de intereses tan egoístas como los de las naciones, aunque eso sí, ideológicamente más aceptables. Las ideologías mayoritarias de los dos últimos siglos han sido el liberalismo (económico), la democracia pluralista, el positivismo y el marxismo. Pero ninguna puede prosperar sin despojar al hombre de lo que va unido a sus apetitos y necesidades naturales. La Iglesia, el Estado, la *nación* instituida y reglamentada están, hasta cierto punto, *sacralizadas*; representan centros de lealtad y de disciplina social, y, a veces, de sacrificio. Sin el elemento sagrado, la Iglesia es como los otros agentes de la sociedad civil, y el Estado adopta o el liberalismo democrático o el régimen totalitario. La *nación* ya no es orgánica sino que se deshace en sus componentes individuales, sin otra preocupación diferente del hedonismo y el consumo. Max Weber lo percibió bien cuando, ante el «desencanto» del Estado moderno, ordena a los burócratas que, al menos, cultiven las reglas del deber (especie de moral kantiana que solamente se apoya en los «valores»). El pensamiento devastador de Weber se resume en esta frase: «El destino de nuestra época se caracteriza por la racionalización del mundo. La humanidad excluye los valores supremos en la

cuando los desencantados compañeros de Goethe se reunían a su alrededor para preguntarle qué pensaba de aquello, contestó: "A partir de este lugar y de este día, se inicia una nueva era en la historia del mundo; todos vosotros podréis jactaros de haber asistido a su nacimiento"» (Nota del traductor).

vida pública» (*Le savant et le politique*, pág. 96). Y añade: «Para nosotros ya no se trata... de apelar a mitos mágicos... sino de recurrir a la técnica y a la previsión» (*Ibidem*, pág. 70).

La filosofía liberal y el marxismo abundan en la misma opinión, según el esquema weberiano —desencanto/intelectualización—, buscan reducir la humanidad a un sistema de coordenadas que Weber denomina la racionalización. Ahora bien, en un universo semejante donde los «valores» están condenados a desaparecer, la nación —lo dice Weber— no podrá ser más que un objeto provisional de lealtades. Como siempre, son los americanos los que queman las etapas, ellos que siempre han considerado sospechoso al Estado/nación. Z. Brzezinski, F. Fukuyama, el economista Peter Drucker, el profesor S. Huntington, etc., ven el futuro fuera del Estado/nación, reorganizado en otras formas de poder: las empresas/gigantes, los bancos y los laboratorios transnacionales. ¿No estaría de acuerdo Jacques Delors en su rasca-cielos bruselés?

Las ideologías de la modernidad desembocan en la negación de la nación: la Internacional proletaria, la democracia igualitaria, la economía liberal suprimiendo las fronteras (Europa 1993), el utopismo de los tecnócratas y de los comisarios reciclados, he ahí otras tantas tentativas de dismantelar no solamente la nación, sino también lo que llamaría sus *realidades-hermanas*: el sentimiento religioso, la familia, los ámbitos de dimensiones modestas, la cultura auténtica. La pasión de la utopía, la única pasión autorizada, desencadena la serie de racionalizaciones (en sentido weberiano) donde todo lo que se resista a los niveladores se desacredita o se silencia. Y es que los niveladores poseen argumentos que seducen: la finalidad de limitar los nacimientos, de salvar los bosques tropicales, de preservarse contra Pol Pot y Ceaucescu, etc. ¿No sería mejor crear un gobierno mundial, una red planetaria de control de la naturaleza, de la salud, de los derechos del hombre?

Max Weber vislumbró estos fenómenos, pero no alcanzó a verlos en su totalidad. Setenta años después de su resonante discurso pesimista sobre la vocación política de los sabios y de los

profesores, las cosas han cambiado. Es exactamente la superracionalización realizada por el sistema marxista y el sistema liberal lo que ha desencadenado la reacción de las naciones, entidades más tenaces de lo que se pensaba. Hay aquí algo más que el justo retorno de las cosas: el último y gran recurso del esclavo de la tecnocracia sin alma y sin especificidad nacional, religiosa, racial, cultural. Esto resulta absolutamente incomprensible para nuestros ideólogos, que tanto en el este como en el oeste, ya han enterrado la nación en el cubo de la basura de la historia. Y, sin embargo, revive —nunca llegó a morir—, pues sus móviles protegen al individuo contra los parámetros del puro tecnicismo, contra la existencia chata prometida por los funcionarios del desencanto.

Nuestro argumento no excluye en absoluto los cambios acaecidos en la estructura de la nación o en su configuración. Incluso podría adoptar otros nombres, otros signos de identidad. Lo principal no es la etiqueta bajo la cual la *nación* se significa a los suyos y a los demás, sino la particularidad, la identidad, la conciencia de ser *una* comunidad bajo la mirada del Creador. Decía Chesterton, criticando la «ciencia cristiana», secta de Maria Besant, que quiere amar a su prójimo pero no *ser* su prójimo, en fusión con él, puesto que en ese caso terminaría por amarse a sí mismo. Sí, evidentemente, a la cooperación entre naciones, pero que no busquen en absoluto borrar su identidad, su ser.

Dicho esto, hay que conservar la razón. En el siglo pasado, tras la hiper-intelectualización puesta en marcha por las Luces y por la ideología jacobina, propagada por los ejércitos de Napoleón, Fichte definió a la nación como la expresión del super-yo, del «libre arbitrio ético». La exageración del filósofo se explica por el hecho de que Kant había inmovilizado el pensamiento alemán: dado que el concepto es una construcción ideológica de nuestro juicio y que no podría abarcar la cosa en sí, se está autorizado a expresarla con la ayuda de emociones, del entusiasmo irracional. En suma, para Fichte la nación es una cosa en sí que, por su mística, hechiza las facultades humanas.

Por eso, no hay que seguir a Fichte y al nacionalismo que formula, que se inspira, a fin de cuentas, en la Reforma. Según

el espíritu protestante, la religión no sabría qué hacer con la política, que pertenece al dominio del Mundo, repudiado por el creyente. ¿Qué ocurre entonces? La política invade el espacio público y acaba sustituyendo a la religión; su culto se convierte en la religión nacional. Esta es la razón —el ejemplo de la Europa del este lo confirma— de no separar el sentimiento nacional de la fe religiosa. Es la mera adecuada para distanciarnos de la utopía.